



LA PROMESA DEL DRAGÓN

ELIZABETH LIM

DESTINO

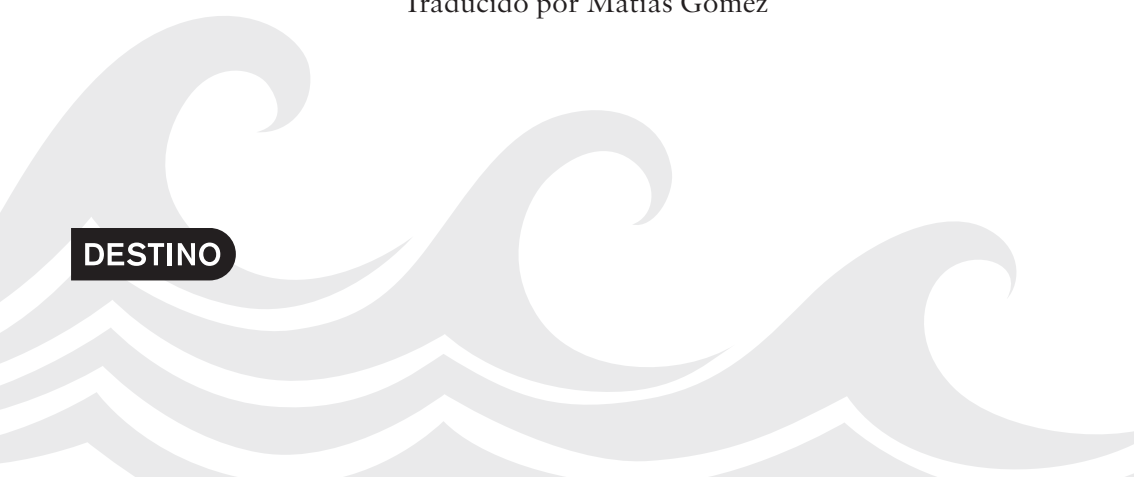


LA PROMESA DEL DRAGÓN



ELIZABETH LIM

Traducido por Matías Gómez



DESTINO



CAPÍTULO 1

El fondo del mar de Taijin sabía a sal, barro y decepción. A excepción de algunos débiles rayos de luz misteriosa, era tan oscuro como el abismo más profundo. No era el magnífico reino acuático al que los dragones llamaban hogar.

Me senté en el lomo de Seryu cuando aminoró la marcha y sus largos bigotes vibraron hacia un rayo en particular. Quizá me lo había imaginado, pero el rayo brillaba más que el resto, casi violeta.

—¿Estás lista? —preguntó Seryu.

¿Lista para qué?, pensé, pero asentí.

Con un movimiento de la cola, se zambulló en el rayo violeta y todo cambió.

El agua se volvió azul, y de los lechos de arena y cristal brotaron bocanadas de niebla cobriza. Y la luz. Había luz por todas partes, irradiada por un sol invisible.

Mi corazón empezó a acelerarse por la expectación y me aferré a los cuernos de Seryu mientras aceleraba hacia abajo, nadando tan rápido que casi me quedo sin aliento.

Ya casi hemos llegado, Kiki, pensé emocionada en nuestro idioma compartido y no hablado, pero ella no respondió. Un vistazo a mi manga me dijo por qué: mi pobre pájaro de papel se había desmayado.

No la culpé. Nos movíamos a velocidades vertiginosas y mi cabeza latía como una tormenta cuando intentaba enfocar la vista. Pero no podía permitirme desmayarme. Ni siquiera me atreví a cerrar los ojos.

Quería verlo todo.

Por fin llegamos a un laberinto de brillantes arrecifes de coral, brazas por debajo del mar mortal. La hierba marina se mecía en una corriente invisible, dunas de arena blanca y rocas doradas salpicaban el terreno, y marquesinas de flores marinas trenzadas formaban los tejados de las villas submarinas.

Así que esto era Ai'long, el hogar de los dragones...

Era un mundo que pocos mortales llegarían a vislumbrar. A primera vista, no parecía tan diferente de la tierra. En lugar de árboles había pilares de coral, algunos esbeltos y otros gruesos, la mayoría con ramas en espiral adornadas con brazaletes de musgo. Incluso la forma en que se deslizaban los peces, con sus aletas cónicas desplegadas como alas, me recordaba a los pájaros surcando el cielo.

Y sin embargo... no se parecía a nada que hubiera visto antes. El movimiento del agua, que giraba y se agitaba sin cesar, se reflejaba en destellos de color y ráfagas de peces. La forma en que la hierba marina hacía cosquillas a los peces que pasaban, como si pudieran hablar entre ellos.

Seryu sonrió satisfecho mientras yo disfrutaba de las vistas.

—Te dije que te deslumbraría.

Tenía razón, por supuesto. Estaba deslumbrada. Por otra parte, Ai'long estaba destinado a asombrar a ojos mortales como los míos. Ese era su peligro, después de todo. Su trampa.

Un lugar tan hermoso que incluso el tiempo contuvo la respiración.

Cada hora que pasas aquí es un día perdido en casa, si no más, me recordé con severidad. Ese tiempo se acumulaba rápidamente, y llevaba tanto tiempo lejos de mi padre y mis hermanos que no quería perder ni un minuto.

Vámonos. Hice una señal con una patada en el largo costado serpenteante del dragón.

—No soy un caballo, ¿sabes? —Las verdes cejas de Seryu se arquearon mientras se giraba para mirarme—. ¿Por qué estás tan callada, Shiori? No estarás conteniendo la respiración, ¿verdad?

Cuando no respondí, me arrojó a su espalda y su garra salió disparada y pellizcó mi nariz.

Se me escapó un chorro de burbujas, el aire que había estado acumulando.

Pero, por todos los dioses, ¡podía respirar! O al menos sentía que respiraba. El agua sabía dulce en lugar de salada, embriagadora, como un vino de ciruela embriagador cuando inhalaba demasiado hondo, pero quizá era porque la cabeza aún me daba vueltas.

—Mientras lleves un trozo de mi perla, podrás respirar bajo el agua —me explicó Seryu, recordándome el fragmento brillante que llevaba al cuello—. Puede que ya no esté dentro de tu corazón, así que no podemos compartir pensamientos... pero sabes que puedes hablar, ¿verdad?

—Claro que lo sé —mentí.

Disimulando mi alivio, toqué la pequeña perla. Incluso a estas profundidades, brillaba como una gota de luz de luna.

—Quizá quieras mantenerla oculta —dijo Seryu—. La gente podría hacerse una idea equivocada.

—Pensé que era solo para ayudarme a respirar. ¿Por qué...?

—Es demasiado complicado de explicar —murmuró el dragón con un gruñido—. Había olvidado cuántas preguntas haces. Quizá debería haberte dejado seguir aguantando la respiración.

Frunció el ceño.

—Estás de mal humor.

—Los humanos no son precisamente bienvenidos en Ai'long —dijo Seryu suavemente—. Estoy pensando en las infinitas formas en que tu visita puede salir mal.

No le creí. Había estado de mal humor todo el día, empezando por cuando vino a buscarme a la orilla. Apenas saludó a mis hermanos, ignoró por completo a Takkan...

—¿No tendré historias divertidas que contar cuando vuelva a casa? Aquí estaba yo, diciéndole a todo el mundo que el mismísimo príncipe de los dragones iba a darme un gran tour por su reino. —Intenté disuadirlo bromeando.

—Cuanto más corta sea tu visita, mejor. —Los ojos rojos de Seryu se desviaron hacia mi mochila, que colgaba de mi hombro—. Estás aquí para entregarle algo a mi abuelo, no para divertirte.

Era mucho para animarlo. Ahora yo también estaba de mal humor.

Abrí la mochila, solo un pellizco. Ese algo que debía entregar era una perla de dragón oscura y rota. Raikama me la había dejado antes de morir, y su poder era tan fuerte que podía sentir cómo

luchaba contra el encantamiento de mi mochila, que la mantenía encerrada y oculta. No era de extrañar que el abuelo de Seryu lo quisiera.

Pero no era lo único que había dentro de la bolsa. También traje mi red de flores estrella —para protegerme un poco contra el Rey Dragón— y el cuaderno de bocetos que Takkan me había dado cuando nos despedimos.

—¿Más cartas? —pregunté, tomando el libro con las dos manos.

—Mejor —aseguró Takkan—. Para que no me olvides.

¿Qué podría ser mejor que sus cartas? Miré con nostalgia el cuaderno de bocetos, deseando poder rozar con los nudillos su suave lomo y hojear sus páginas manchadas de carboncillo. Pero supuse que sería de mala educación leer en compañía de Seryu.

Desde luego, Seryu así lo creía. Entrecerró los ojos.

—Nunca te he visto sonrojarte mirando la perla.

—Su luz se vuelve brillante —dije rápidamente—. Me calienta la cara.

Se burló de la mentira.

—Al menos tu señorcito humano no saltó al mar tras nosotros. Por la forma en que te miraba cuando te ibas, con ojos de pez, pensé que lo haría. No habría pasado de los arrecifes antes de que lo atraparan los tiburones.

Cerré la mochila.

—¿En serio, tiburones?

—El abuelo emplea a un pelotón de ellos. —Seryu sonrió satisfecho—. Siempre están hambrientos. Pronto nos encontraremos con alguno.

El corazón me latía con fuerza. ¿Estábamos tan cerca del palacio de Nazayun?

Seryu malinterpretó mi aprensión y su tono se suavizó un poco.

—No te preocupes, a los tiburones no les apetece una humana fibrosa como tú.

Puede que cambien de opinión, pensé. Una vez que el Rey Dragón supiera por qué estaba realmente en Ai'long, tendría suerte si me concedía una muerte tan rápida.

Nerviosa, me deslicé de vuelta hacia Seryu, pateando más fuerte de lo necesario. Nadar en Ai'long no se parecía en nada a nadar en agua normal. El agua aquí era tan ligera como el aire, y pequeñas corrientes se deslizaban bajo mis pies, impulsándome hacia donde necesitaba ir. Parecía como volar.

Me adelanté al dragón, lanzando un chorro demasiado alto. De la nada, un puñado de medusas descendió sobre mí.

Había al menos una docena de ellas. Sus cuerpos tenían forma de paraguas luminosos y sus tentáculos se arremolinaban en una danza sinuosa. Se acercaban con valentía, rozándome los brazos y las piernas, e incluso entretejiéndose en mi larga cabellera. Me reí de las cosquillas que me hacían, hasta que Seryu soltó un gruñido.

—Déjenla en paz. —Sus ojos rojos miraron a los intrusos—. Está conmigo.

Las medusas retrocedieron, pero no se dispersaron. Todo lo contrario. Mientras Seryu intentaba remolcarme agarrándome del pelo, ellas lo seguían y se acercaban aún más.

Entonces, así como el mar Taijin, cambiaron.

La luz dorada que irradiaban sus cuerpos se apagó en un instante, y sus tentáculos, suaves como cintas de seda, se volvieron duros y puntiagudos. Dos se deslizaron entre Seryu y yo, separándonos a la fuerza. El resto nos rodeó.

Tomé el cuchillo que llevaba oculto en la faja. Apenas pude blandirlo. Unos tentáculos fríos y resbaladizos se apoderaron de mi espalda y me rodearon los brazos.

De los tentáculos de mi atacante brotaron pequeñas púas que me rozaron la piel: una advertencia letal para que no me resistiera. Una picadura y quedaría paralizada de por vida.

Derrotada, me quedé quieta y solté el cuchillo, dejándolo flotar más allá de mi alcance. A cambio, la medusa aflojó su agarre, pero solo un poco. Sus tentáculos empezaron a registrarme en busca de otras armas ocultas y, mientras rebuscaban en mi mochila y mi túnica, Kiki se escabulló de mi manga.

Estaba aturdida y sus alas se estiraron dramáticamente al bostezar para anunciar que estaba despierta. Pero cuando sus ojos de tinta se abrieron y vio las medusas, gritó.

¡Demonios burbujeantes y ardientes de Tambu!

No es un demonio, le aseguré, abrazando mi mochila mientras los tentáculos intentaban abrirla. *Es una medusa.*

¿Una qué?

La medusa se cernía sobre Kiki, escrutándola atentamente.

Mi pájaro le cubrió la cabeza con un ala.

Oh, dioses, gimió. *Deja que me desmaye otra vez.*

Para alivio de Kiki, la medusa la consideró indigna de su atención y volvió a mi mochila. Sus tentáculos tiraron con fuerza de las correas, pero me aferré todo lo que pude.

—Pícame todo lo que quieras —le dije—. No te vas a llevar esto.

La medusa siseó y mostró sus púas venenosas.

—¡Fuera! —bramó Seryu. Su cola se agitó de un lado a otro, creando innumerables ondas, como pequeñas tempestades. Con un golpe de su garra, se produjo un feroz desgarró en el agua.

Mientras las medusas luchaban contra la repentina corriente, Seryu me echó a su espalda y se zambulló en una jungla de coral, nadando hacia las agujas de cristal. Me arrojó el cuchillo al regazo.

—¿De verdad, Shiori? ¿Esto es lo que traes a Ai'long?

Me encogí de hombros despreocupadamente.

—¿Creías que vendría desarmada?

—Ya conoces a mi abuelo. Esta pequeña daga apenas sería una astilla.

—Las astillas aún pueden doler —fue todo lo que dije, volviendo a guardar la hoja en mi faja—. ¿Qué eran esas medusas?

—Patrullas.

—¿Para qué?

—Intrusos y asesinos.

No dio más detalles, señal de que lo dejara estar. Pero yo tenía demasiada curiosidad.

—Había magia en ellas.

—La mayoría de los súbditos del abuelo tienen... cierta habilidad. Ayuda a rechazar a los que intentan entrar en Ai'long sin invitación.

—¿Pero por qué buscarme? Tengo una invitación.

—Obviamente, buscaban la perla de tu madrastra —dijo Seryu en tono de protesta—. A las medusas les gusta la magia oscura. También se especializan en detectar el engaño.

Me invadió una oleada de inquietud.

—¿Engaño?

—Sí, como esa aguja de acero que no te dignaste a decirme que traías. —La voz de Seryu se endureció—. No te preocupes. Tu estancia en Ai'long será corta; no tendrás que experimentar nuestra corte.

Eso no era lo que me preocupaba, pero guardé silencio y miré a Kiki.

Se había desmayado sobre mi palma, y sus alas se habían marchitado hasta convertirse en un bulto abatido. Por suerte, no había prestado atención a mi conversación con Seryu. La quería mucho, pero guardar secretos no era uno de sus dones.

¿Ya casi llegamos?, se quejó. Debería haberme quedado en tierra. Me mareo.

Nadie se marea bajo el agua.

Kiki arrugó el pico, dejando escapar un suspiro teatral.

¿No puedes decirle al dragón que nade con más cuidado? Hasta las ballenas se mueven con más delicadeza que él.

Díselo tú. Ha estado hosco todo el día.

¿Por qué? Arrugó el ceño. ¿Está enfadado contigo?

Por supuesto que no.

¿Son las medusas? Dioses, Shiori, ¿crees que lo saben? Tal vez deberías decirle que planeas quedarte con la perla de Rai...

Mis ojos se abrieron de par en par, y me la metí en la manga antes de que Seryu se enterara.

La perla de Raikama, casi había soltado Kiki.

No, no se lo había dicho. No pensaba hacerlo.

La culpa me remordía la conciencia, pero la aparté. No había nada por lo que sentirse culpable. No estaba faltando a mi palabra. Le había prometido a Seryu que le llevaría la perla de Raikama a su abuelo, pero nunca le dije que se la dejaría.

Solo dásela al dragón que tenga la fuerza para hacerla entera una vez más, me había hecho jurar Raikama antes de morir.

Como si pudiera leer mis pensamientos, la perla dentro de mi mochila comenzó a latir. Prácticamente podía verla en mi mente:

girando y maquinando, intentando encontrar una salida. Tenía el tamaño de un melocotón, apenas más grande que la palma de mi mano, pero en su máximo esplendor brillaba como una gota de luz solar. Pero ahora que Raikama se había ido, su luz era tenue, y la fractura de su centro parecía ensancharse más cada vez que la miraba.

Esa grieta no sanaría hasta que la perla se reuniera con su verdadero dueño. Tenía la sensación de que la pena que había enterrado en mi interior fue la misma, ahondando el hueco en mi corazón hasta que mi promesa a Raikama se cumplió.

Una promesa no es un beso al viento, que se lanza sin cuidado, murmuré para mis adentros. Es un pedazo de ti mismo que se entrega y no volverá hasta que se cumpla tu promesa.

Eran las palabras de mi madrastra desde hacía mucho tiempo. Palabras que odiaba porque me hacían sentir culpable, aunque las ignorara. Jamás habría imaginado que recurriría a ellas en busca de consuelo.

La perla tembló, respondiendo a mi inquietud, y levanté la bolsa sobre mi regazo para que Seryu no se diera cuenta. Demasiadas veces había faltado a mi palabra, a Raikama más que a nadie. Esta vez no lo haría.

Veré cómo te recuperas, juré a la perla en silencio. Te llevaré a casa.

Cueste lo que cueste.